

LA FALSA MUERTE Y UNA ROSA BLANCA

Ayer vino el padre Serrapio a darme el viático. Después, creyéndome muerto, cerré los ojos y apreté los puños para entrar con buen pie en el otro mundo. Pero solo escuché un rumor apagado y los llantos de mi hermana Nati que aullaba como un lobo solitario en la estepa. Sentada en su mecedora de anea se abanicaba buscando, quizá, un soplo de aire fresco o una explicación a tanta desgracia. El sacerdote, una vez impartidos los sacramentos, abrió la ventana del dormitorio y se limitó a decir con mucha solemnidad: “Ventilen la casa, aquí huele a muerto...” Me hubiera gustado arrojarle una de sus biblias sobre la cabeza para responderle como se merecía, pero pensé que un fiambre solo puede actuar desde la impunidad de su alma en transición y me ovillé debajo de las mantas para seguir esperando lo irremediable. Y aquí sigo, como un soldado al que se ha abandonado en una garita para que vigile los movimientos del enemigo. Lo malo es que no veo nada. Solo vislumbro el rostro cejijunto de Esperanza, la enfermera, que viene a casa cada tres horas a inyectarme morfina y a revolucionar el espíritu frágil de mi hermana. Mientras me dan la vuelta para ponerme la inyección las veo o, mejor, las presiento, en una secreta complicidad que pretende derrumbarme como un castillo de naipes. Cuchichean, chasquean las lenguas, dan saltitos de rana sobre la habitación. Parece que están esperando a la Parca las dos como adolescentes vírgenes que no quisieran perderse una escena de violencia y sexo que despertará sus almas inocentes. Con el culo en pompa, la rejoneadora se recrea y habla de novios antiguos. Por cierto yo fui el tercero o el cuarto, el hombrecito con un libro bajo el brazo que la invitaba a café con buñuelos en el bar de la plaza. Pero la cosa no pasó de un par de restregones bajo los sauces. Padre

era muy estricto, y me quería entregado a la administración de la hacienda familiar. “Menuda lagarta, decía sin quitarse el mondadiente de la boca, viene a lo que viene...” Y así llegó el cuarto o el quinto y la leyenda negra de una solterona que se abría de patas para entrar en el reino celestial del matrimonio. Igual que Nati. Siempre he sospechado que su soltería tiene que ver con la falta de atributos sexuales. Si se la observa con detenimiento parece un lepidóptero bajo el microscopio de un científico, escurrida y con solo el aguijón de la mala leche como única arma defensiva. Aquel mozo de la capital estuvo a punto de llevársela, pero entonces estalló la guerra, y él era muy republicano y hombre de ideas irreconciliables con la chusma sublevada.

Hace un rato he oído el motor de un coche. Al parecer eran los de pompas fúnebres que se han adelantado más de lo previsto. Ahora tengo delante de mí una corona de rosas blancas y un centro de lilas para adornar mi duelo. No han tenido otro sitio donde depositar el dichoso vergel fúnebre; estribada contra la pared de mi dormitorio parece un círculo infernal de fuego que estuviera esperándome pacientemente. Para no volverme loco he decidido protestar a mi manera, lo que significa que he improvisado unos ronquidos agudos seguidos de un lamento prolongado. Nati se ha acercado con miedo hasta la cama y me ha puesto el termómetro bajo las axilas. Como si importara algo que un muerto tuviera unas décimas más de fiebre. Luego ha llegado el doctor Sánchez y ha dado por zanjado el asunto. Delirium tremens, lo ha llamado, y se ha quedado tan ancho esperando la aprobación de los presentes. Los presentes, que no deben ser nunca menos de cuatro o cinco, y que permanecen sobre el cabecero de mi cama como buitres ansiosos. Para despedirme del galeno me he esforzado para lanzar un sonoro cuesco y, entonces, todos han reído con ganas, menos

Nati que debe creerse la marquesa de las Tres Encinas, siempre repeinada y haciéndose pasar por la señorona de la casa. Alguien, creo que la mujer del alcalde, ha sugerido que la flatulencia ha dejado un clarísimo olor a azufre, y todos le han reído la gracia, menos yo, que estoy al parecer con un pie en el otro mundo y que siempre he relacionado la palabra azufre con infierno. Mejor pensar en otras cosas, me he dicho para darme ánimos, pero aquí no hay quien piense. El dormitorio se ha convertido con tanto escándalo en una de esas boites de carretera donde los hombres alternan para tomar oxígeno y volver mansos a sus hogares, y eso es algo que siempre me ha aterrorizado, quizá por mi temor secular a las infecciones venéreas o por mi espíritu frailuno, no sé. Escucho a mi hermana que chista a los presentes y les dice muy seria: “Por favor respeten el descanso del muerto...” Me moriría (otra vez si es posible) por salir del lecho, embozado en el sudario que ya me han ceñido sobre el cuerpo con calculada frialdad, y darme una vueltecita al estilo torero para que todos pudieran admirar el ánima saliéndoseme del cuerpo mientras me arrastro a la pata coja como un fantasma demudado. Sería un experimento emocionante. Además, las estantiguas(lo estoy comprobando con rubor en este preciso momento), no carecemos de apetito sexual. Yo que he sido siempre tan puritano, tan de aplicarme el cilicio para bajar la hinchazón del pecado, me veo ahora con una tranca entre los muslos que haría las delicias de Esperanza, la enfermera, y de la mitad de las mujerucas que me velan como vulgares plañideras. Pero los sueños se quedan en eso, en sueños, y yo ahora lo que tengo que hacer es avanzar un pie sobre el túnel, y luego el otro, hasta que el silencio y la negrura me devuelvan la paz eterna.

Hay un intenso olor a manzanas en la casa, eso es que ya habrán adelgazado los árboles y el aire dulce del pomar se cuele por todas las rendijas de la casa. Todavía puedo permitirme el lujo de percibir aromas y hasta puedo contar los dedos de mi mano, uno a uno, como un colegial. Siento que la vida no quiere abandonarme. Por más que intento forzar la situación y me esfuerzo por cerrar los ojos para siempre, hay algo en mí que se me mete muy adentro y me impide exhalar el último suspiro. Quizá el doctor Sánchez esté equivocado en su diagnóstico y solo sea una enfermedad renal, lo cierto es que no me apetece dejar de respirar y me produce hilaridad el bisbiseo chismoso de las vecinas mientras esperan impacientes. Acabo de enterarme que Regina habla con los santos en la almazara como quien habla con su padre, agachando la cabeza y esperando el sopapo por su falta de lucidez. Y Nati, la pobre e incombustible Nati, que se muere (como yo) por estudiar lenguas extranjeras y huir del pueblo para conocer el mundo. Como siga en mis trece terminaré por conocer todos los secretos del pueblo, pero ahora que lo pienso bien comienzo a sentir una tonta nostalgia de lo porvenir. Será mejor que me dé media vuelta y ponga mi mejor cara por si se le ocurre a la muerte visitarme esta noche. De todos modos sé que para entonces no estaré solo.

Agustín García Aguado